

Los escrúpulos de la historia

Sin asombro y sin ira

EDUARDO ESCALLÓN

Universidad de los Andes, Bogotá, 2015, 187 pp.

LA NOVELA *Sin asombro y sin ira*, lo sabemos al final de la misma, es el contenido que se encontraba en el iPhone de Joan Lara, un corresponsal extranjero que ha investigado, como un verdadero detective, los orígenes y los móviles de un crimen. Aunque él muere antes de que el libro aparezca —como parte de lo que es en general una espesa trama—, en el atentado a una caravana militar en la que se movía en ese momento. De la novela, y de su espesa trama, sabremos por Ana Lucía Arias, novia del periodista a quien él había enviado (quizás previendo algo así como lo que pasó), de manera anticipada, el iPhone con todo lo que llevaba hecho hasta ese momento, sus notas y reportajes. Ana Lucía cuenta al final del libro, en un capítulo que se llama “Las fuerzas oscuras”, que: “Yo solo tuve que reconstruir algunos hechos del pasado para que se armara el rompecabezas. (...) Hago esto, con el dolor de mi alma, para que la sociedad juzgue a quién hay que responsabilizar por estos crímenes”. Y pone al final de la nota: “El Exilio, abril del presente año” (p. 184). Es decir, ella realiza la publicación desde el exilio, a salvo de persecuciones y posibles atentados. No dice cuál es el año.

Eduardo Escallón (el libro no trae fecha de su nacimiento ni datos de su origen, salvo que es “colombiano”; tampoco aparecen por internet), el autor de la novela, además de escritor es historiador y, entre otras actividades, es director del Centro de Investigación y Formación en Educación de la Universidad de los Andes en Bogotá. Proporciono esta información porque la novela tiene una clara intención historiográfica e investigativa y, al final, trae tres páginas donde aparecen las referencias bibliográficas, las fuentes de donde emanaron muchos de los datos de la trama. Eso es normal y hasta obligatorio en textos académicos de investigación, no en obras de ficción, donde comúnmente los datos

bibliográficos, justamente, se vuelven invención, se transforman. Entonces no hay por qué citarlos. Excepto que hagan parte de la trama, lo cual no queda claro en el libro. (¿Quién escribió la “Nota” con la bibliografía? ¿Joan Lara, Ana Lucía Arias o el propio Eduardo Escallón? Si fue cualquiera de los dos primeros, esas notas hacen parte de la ficción —como debe ser—; si fue Eduardo Escallón, son la obsesión de un historiador.)

Y la novela es, grosso modo, la crónica de tres generaciones de la familia Saldarriaga: la historia del abuelo Liborio, de su hijo Hernando, y del hijo de este, también Hernando. Son bogotanos, pero tienen una hacienda en el oriente del país, llamada El Paraíso, cerca de la pequeña población de Cananguchales.

Hernando Saldarriaga, el hijo de don Liborio y quien heredará la hacienda, ha engrosado las filas de grupos de izquierda, aunque finalmente se va a El Paraíso en compañía de su esposa y quiere vivir en libertad, lejos de las ambiciones de su padre, quien lo impulsa al progreso y a la acumulación de dinero. Es consciente de que la violencia del país se debe, en buena parte, a las desigualdades y a las erráticas políticas de los gobiernos. Pero se retira de esos grupos donde llegó incluso a planear atentados dinamiteros, aunque nunca se ejecutaron.

En aras de darle contexto a la trama de la novela, se introducen varios capítulos que tienen que ver con la visita de John F. Kennedy y su esposa Jacqueline a Colombia, en diciembre de 1961, y en la cual Hernando está seguro de que se producirá un atentado contra el presidente norteamericano por parte de sus antiguos compañeros que lo escucharon planear atentados dinamiteros. Los capítulos se atienen a los hechos reales de dicha visita y a una caricaturesca (aunque así es esa realidad) pesquisa de los detectives colombianos. Constituyen un gran paréntesis que, sin duda, hacen olvidar al lector la trama principal; pero para el autor, como dije arriba, debe ser muy importante esta “contextualización” que, a decir verdad, resulta tan larga y espesa que cualquiera termina preguntándose por la pertinencia de la misma.

Más adelante don Hernando muere en El Paraíso, al lado de su esposa, en

uno de los acostumbrados vuelos en su avioneta, que tenían por único objetivo perseguir la luz de los crepúsculos.

Muchos años después llegan a El Paraíso, de paseo (los hombres también un tanto en plan de trabajo), el Hernando de la tercera generación de los Saldarriaga —quien ha heredado la hacienda— con Adelaida, su mujer, Juan Camilo y Catalina, estos dos últimos una pareja de amigos; él, socio de Hernando en la empresa que comenzará en esos terrenos.

Los dos hombres son unos patéticos machistas y arribistas, que tienen al lado a un par de mujeres bellas e inteligentes, pero que ellos tratan como seres inferiores, además hasta llegar a la abominable violencia sexual, dados los celos y los prejuicios. Esto lo sabemos claramente de Juan Camilo respecto a Catalina, pero lo suponemos también de Hernando hacia Adelaida. Planean un fin de semana en que la buena comida, la buena bebida, la música, la piscina, la cacería y la vuelta a los terrenos que serán plantaciones de palma son las actividades que los ocuparán. Todo va más o menos bien, aunque con varios pequeños altercados entre las parejas que denotan la aburrición y las apariencias obligadas, hasta que algo se quiebra. Los secuestran los paramilitares y a los hombres los desaparecen. A las mujeres las dejan ir no sin antes violarlas, al menos a Catalina. Ellas caminan durante una larga jornada hasta lograr escapar definitivamente y contar lo sucedido.

Antes del desdichado desenlace, las dos mujeres se habían quedado solas en la hacienda y se confesaron lo infelices que eran. Catalina, la noche anterior en la finca, había sufrido una violación por parte de su marido, por asuntos de celos. Dicha violación había incluido una penetración anal. Durante la “confesión”, Adelaida —quien se dio cuenta de lo sucedido— se había quitado sus gafas de sol, dejando ver los moratones de su rostro y la acusidad en los ojos, producto sin duda de los golpes de su marido. Las dos confesaron su odio por ellos y les desearon lo peor.

La novela, al final, deja la duda sobre si el asalto de los paramilitares es un fatídico montaje de ellas, o si en realidad ocurre, dada la violencia de la

zona y del país. La duda nace porque quien muestra rastros de violación (por la vagina y por el ano) ante los peritos es Catalina —tal como ellas cuentan que lo habían hecho los paramilitares—, mas no Adelaida, quien se salva de la violación por circunstancias algo borrosas en la trama (todo es demasiado casual, según lo que ya sabemos respecto a las condiciones de violencia sexual en las que vivía cada una de las mujeres). Si es mentira que las atacaron sexualmente, fácilmente se derrumba la versión del secuestro que ellas cuentan. Ese final queda abierto y el lector puede sacar su propia conclusión, como advierte Ana Lucía Arias.

Sin asombro y sin ira quiere mostrar la situación de violencia en el país, el conflicto que no termina, entremezclado con políticas e injerencias internacionales. Y sin duda constituye un punto de vista político del autor. No obstante, la narración no es del todo clara y, a veces, es poco creíble. El machismo, sobre todo de Juan Camilo, es muy evidente y se hace exagerado: es imposible que Catalina, mujer bella y culta, soporte sumisamente las humillaciones a las que es sometida. Y Ana Lucía dice que ella reconstruye algunos hechos del pasado para que se arme el rompecabezas, lo que hace pensar que los capítulos de la visita de Kennedy los aporta ella; sin embargo, al principio, Joan Lara nos cuenta que él visita bibliotecas y hemerotecas para documentarse acerca de todo lo que rodea la historia, y ello incluiría el episodio de la visita de Kennedy, lo cual resulta una contradicción.

La escritura del libro, qué le hacemos, es vencida por las ganas de hacer historia, de dejar constancia de todo mediante evidencias, cuando no documentales, con exageraciones poco creíbles en literatura. Se pierde la naturalidad que se le debe exigir al arte, aunque sea mentira. El historiador, cuando hace literatura, debe volverse un poco “irresponsable” y saber fusionar la realidad con la ficción. Por más que sea una perogrullada: literatura es literatura, e historia es historia.

Por último, *Sin asombro y sin ira* luce como un libro de cualquier tema, menos como una novela. Por el formato, por el aspecto de la caja interior, por el tipo de letra elegido. No en vano

el libro es publicado por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes. Eso es lo que parece: un libro de ciencias sociales. Y la fotografía de la portada, tomada de los archivos de la Biblioteca JFK, según el crédito, está relacionada con Kennedy, seguramente con su visita a nuestro país, como si ese fuera el tema de la novela. Por supuesto que no lo es.

Luis Germán Sierra J.